

Río subterráneo

Elegía del olvido

Claudia Guillén

En diversos foros se ha discutido sobre qué tan viable es integrar dentro del discurso narrativo el contexto del narco y sus secuelas. En lo personal me parece casi imposible que los escritores hagan a un lado lo que han palpado en su entorno cotidiano, y si se trata de hacer buena literatura cualquier espacio es viable. Como un ejemplo de esta afirmación se encuentra la novela *36 toneladas* de Iris García Cuevas, editada bajo el sello Ediciones B. Esta autora guerrerense también ha incursionado en el género cuentístico con *Ojos que no me ven, corazón desierto*, así como en la dramaturgia con la obra de teatro *Basta morir*. Y con ésta, su primera novela, fue finalista de los premios literarios de La Semana Negra de Gijón, España, en 2012. Se trata, pues, de una joven autora inquieta y eficaz que le interesa retratar la realidad desde distintos géneros.

36 toneladas no es la excepción dentro de las obsesiones temáticas de García Cuevas; se trata de un relato realista que transita los submundos que se gestan alrededor de la corrupción y el narco. Acapulco y Chilpancingo, Guerrero son los escenarios donde se desarrolla la mayor parte de la historia. Y conforme la trama avanza desfilan personajes de muy distinto perfil a los que la autora les da voz desde la primera persona para ir construyendo la memoria del protagonista, al tiempo que les otorga una fisonomía humana que los muestra vulnerables ante las adversidades que se les presentan en la vida. Es decir, uno de los grandes aciertos de esta novela es que no sólo integra el tema del narcotráfico y la corrupción sino también habla de esos personajes que habitan esas realidades “oscuras” sin dejar a un lado sus conflictos personales que los hacen seres individuales y no un colectivo perteneciente a este mundo de la violencia.

De igual forma, dentro de la estructura del discurso narrativo, García Cuevas echa mano de la segunda persona para crear esa conciencia que persigue al protagonista. La dota para despertar en él una sensación opresiva que lo increpa y, en ocasiones, lo lleva al límite de tal manera que logra arrinconarlo para recuperar esa memoria de lo que pasó antes de despertar en un hospital, teniendo como único testigo de su pasado a un hombre que cubre sus ojos con unas gafas oscuras.

Dentro de esta búsqueda de Roberto, Carlos, Ignacio o Pablo —son los nombres que utiliza el protagonista mientras encuentra su propia identidad—, vamos conociendo las subtramas que son como una suerte de coro que va dando pie para conocer pequeños trozos de la historia a partir de la experiencia de los demás personajes, quienes se refieren al mismo acontecimiento que representa el conflicto de la novela: la desaparición y reventa de treinta y seis toneladas de cocaína y las muertes que se suscitaron a partir de estos hechos.

Si bien el oficio literario de Iris García Cuevas logra que cada uno de los personajes se vincule a través de estos sucesos también es cierto que gracias a él logra un *extra*, pues recrea a cabalidad esas vidas que son diametralmente distintas y por demás interesantes. Me explico: la autora con una gran pericia narrativa crea un cosmos que logra no sólo mantener la tensión del relato hasta sus últimas páginas sino, también, construye un claro mosaico de las actitudes humanas, más allá de que sean hombres o mujeres, oficiales del ejército o profesores de literatura, periodistas o funcionarios de la procuraduría. Así, las subtramas de *36 toneladas* procuran una fuerza contundente al relato pues en ellas se contradice el



discurso sobre los sucesos que desencadenaron el conflicto.

De esta forma, la historia se va desatando a partir de sucesos que cobran verosimilitud por la forma en que se narran. Los escenarios, apenas dibujados, retratan la vida en los bajos fondos de estas ciudades del estado de Guerrero. No falta, dentro del mismo discurso narrativo, la tradición popular a partir del corrido de “Simón Blanco”. Ni la mención a la guerrilla de los setenta y el papel de los maestros dentro de ésta. O la muerte como una forma natural de coexistir en estos días cargados por la violencia.

A lo largo de los quince capítulos que conforman *36 toneladas*, la narración fluye vertiginosamente como lo requiere un thriller que avanza sin reparos para atrapar al lector e incluirlo en estas historias de vida y muerte, de amor y desamor. Asimismo, la línea temporal está fragmentada y crea el efecto de un recuerdo trastocado a partir de las miradas de los demás personajes que cimientan una narración francamente fuerte y directa la cual logra una estética de lo real y de la muerte a partir de las conductas impredecibles del ser humano.

Con esta primera novela, Iris García Cuevas se consolida como una narradora implacable y a la vez humana que es capaz de encontrar la belleza en los mundos de la violencia que cuentan con un subtexto al que normalmente esquivamos la mirada. **U**

Iris García Cuevas, *36 toneladas*, Ediciones B, México, 2011, 162 pp.